

Carlos Lenkersdorf, *Aprender a Escuchar*, México, Plaza y Valdés, 2008, pp. 163.

FERNANDA NAVARRO

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

Lenkersdorf llegó a México hace décadas y, deslumbrado por la belleza natural de Chiapas y su gente, decidió hacer de ese paisaje su residencia. Fue una comunidad tojolabal la donde eligió pasar, junto con su esposa, veinte años de su vida...enseñando y aprendiendo de los indígenas.

Con este libro, Carlos Lenkersdorf nos vuelve a sorprender, a despertar una vez más de nuestra herencia colonial occidental que ha configurado nuestra forma de ver, juzgar y dictaminar a partir de sus propios esquemas y cánones. Silenciosamente, a lo largo de toda su obra, el autor nos muestra cómo, inadvertidamente, el pensamiento de la Modernidad ha ido formando y configurando nuestra mentalidad y visión del mundo. Pero antes de entrar en materia, quiero remitirme a uno de sus libros anteriores, “Los Hombres Verdaderos”, en el cual destaca la indisoluble e imbricada relación entre pensamiento y lenguaje, recalcando que la manera en que nombramos el mundo —a través de una particular estructura gramatical— refleja una forma singular de concebir el mundo y de relacionarse en él y con él.

Esta vez, con “Aprender a Escuchar” nos descubre Lenkersdorf una nueva dimensión, una tercera dimensión del lenguaje hasta ahora ignorada por Occidente: la de la escucha, misma que coloca al lado y a la par de la lengua hablada y escrita. Después de seguir los señalamientos que hace Carlos, nos parece obvio, y al mismo tiempo nos resulta difícil explicar el hecho de que esté tan ausente en nuestro pensamiento y en nuestra práctica comunicativa cotidiana, en las sociedades estratificadas que habitamos y que nos habitan. Así, nos hace ver que, en verdad, nos hemos contentado con el verbo oír, haciendo caso omiso de la distinción entre oír (meros sonidos) y escuchar, que implica la comprensión profunda de lo que se enuncia y pronuncia, teniendo en cuenta quién y desde dónde habla y escucha, incluyendo el bagaje cultural de cada uno y de su historia. De ahí que el diálogo resulte ser otro aspecto primordial de la escucha.

Lo anterior nos remite a una distinción fundamental en la estructura lingüística del español y las lenguas mayenses que explica las diferentes cosmovisiones, las diferentes maneras de ver y vivir el mundo. La explicación de esta diferencia se encuentra en el carácter intersubjetivo de las lenguas originarias, en el hecho de que en estas lenguas no hay lugar para los objetos. No hay más que sujetos y, por ende, no existen más que relaciones intersubjetivas. Esto es lo que va a definir la diferencia y lo que debe predominar si queremos lograr una cabal comprensión de las distintas cosmovivencias derivadas de las diferentes cosmovisiones.

Impactan las consecuencias que de ello se desprenden y más impactan aún, al sumarlas a la aportación de este último libro de Carlos en relación a la tercera dimensión del lenguaje ya mencionada, la de la escucha. Su omisión, en nuestra práctica lingüística —es decir, en la de los idiomas de raíz greco-latina que han predominado— revela hasta qué punto ha configurado visiones del mundo, así como mentalidades que a su vez, derivan en actitudes y comportamientos que la Modernidad occidental ha pretendido universalizar, disfrazando así su afán de dominio.

Para entender mejor la cosmovisión tojolabal —así como la de otras comunidades indígenas, como la tzotzil o tzeltal, tomaremos la intersubjetividad como punto de partida. Lenkersdorf nos explica que dicho concepto proviene de la idea que priva en estas culturas originarias, de que todo vive, de que todo tiene vida, incluyendo lo que para los occidentales es inerte o muerto. Así, ellos borran la diferencia radical entre vida y muerte, lo cual señalan con un sufijo desindividualizador, muy ajeno a nuestra estructura gramatical basada en el sujeto-objeto. Además, este mismo hecho de que todo tiene vida, conduce al campo de los valores: a la convicción de que, siendo la vida el valor máximo y primero, ellos concluyen que todo lo que vive se hermana con el resto de los seres vivientes: No sólo entre los humanos, también con la flora y la fauna, —el ejemplo emblemático siendo la milpa, el maíz— pero también con los artefactos como el comal y la olla. En una especie de llamado a la humildad, nos recuerdan, que en cuanto humanos, somos sólo una especie entre muchas otras. Por lo tanto se espera un trato correspondiente con todo lo que nos circunda, en lo que se refiere a la manera de relacionarse entre sí, a través de la conversación, el cuidado, las visitas, las caminatas, en una palabra, la convivencia.

Una lección se desprende de lo anterior, relacionado con la escucha: a saber, que si nos ocupamos y preocupamos por realmente escuchar al otro, por entender lo que está detrás de sus palabras o gestos —que también hablan— entonces lo comprenderemos y nos acercaremos a él. Así, el escuchar nos hermana.

Otra consecuencia es que si todo vive, ¿cómo puede existir lo inanimado? Lo muerto, lo inanimado es, para ellos, lo despedazado, lo fuera de lugar, lo fragmentado. Esto no es concebible para ellos ni siquiera al referirse a la anatomía de sus cuerpos. De ahí que digan no MI cuerpo sino NUESTRO cuerpo, cuando hablan de alguna dolencia personal con sus curanderos.

Esto nos lleva al concepto de complementariedad, el “emparejarse o estar parejos” que se muestra en el NOSOTROS. “Todos los que constituyen el nosotros forman un conjunto semejante a un anillo donde no hay arriba ni abajo, todos nos complementamos y mantenemos la estructura cósmica del anillo “nosótrico”, —término acuñado por Lenkersdorf.

¡Pero ojo! la “nosotrificación” no implica una homogeneización, **pues no borra la individualidad ni la diversidad de ideas y opiniones**. Cada uno tiene una actividad y una función específica: los campesinos la suya, los maestros, los animales, las cosas, las rocas, y es en el diálogo grupal donde se manifiestan todas y de ahí se construye el consenso. Consenso que, por otra parte, también sabe escuchar a la minoría. Muy diferente a nuestra preocupación por ganar la discusión a través de un hablar incesante que recurre a veces a la retórica y hasta la demagogia, sin detenerse a escuchar al otro y reflexionar...ya no digamos a cuestionar la palabra propia y su pensar a la luz del decir del otro...ni siquiera llegamos a un nivel de tolerancia que permita el respeto a lo diferente.

Otro rasgo que me impresionó profundamente es el hecho de que la palabra “enemigo” no exista en maya. Después lo vinculé con otra realidad que descubrí en uno de mis viajes a comunidades zapatistas, a saber, que tampoco existen cárceles para castigar a los culpables que rompen las normas establecidas o acordadas. Y las razones fueron más sorprendentes aún: nos explicaron que el encierro es siempre un mal consejero, por lo tanto, al culpable de cualquier delito se le responsabiliza trabajando para la comunidad y, en el caso extremo de asesinato, se le obliga a mantener a la familia de la víctima por el resto de su vida. Pues de otra manera, como ocurre en nuestras sociedades “civilizadas”, al encarcelar al culpable quedan dos familias en el desamparo: la del difunto y la del culpable de su muerte. —De paso recordamos que desde

que se prohibió el alcohol, por acuerdo de asamblea en la zona zapatista, este tipo de problemas han disminuido enormemente).

Esto va de la mano con lo que nos dice nuestro autor respecto del concepto de "Justicia", que consiste en reintegrar a los culpables para restituir el equilibrio de la comunidad, pues "todos somos corresponsables". El "nosotros" vuelve a aparecer con gran fuerza porque no se trata de una justicia individualista. La organización socio-política también es "nosótrica", resulta en una democracia participativa dentro de las comunidades, donde las autoridades son elegidas, de manera rotativa, revocable y con rendición de cuentas. Las tres Rs. que figuran entre los 7 Principios Zapatistas. Una muestra de que la ética está presente...y no en el exilio, como ocurre en las sociedades occidentales.

Para concluir, en aras del tiempo, recojo lo en parte ya dicho: la manera en que Lenkersdorf nos muestra consecuencias significativas tanto a nivel ético como histórico y cultural, derivadas de formas de apariencia puramente gramatical, lingüística. Nos hace cuestionar muchos conceptos aceptados por inercia o por el racismo disfrazado que impera en la mayoría de las sociedades dominantes modernas, aplicados a las culturas indígenas, tales como "primitivismo" o "atraso".

No es de extrañar la manera en que, después de cierto tiempo, se dirigieron a los Lenkersdorf los tojolabales:

"Ustedes son los primeros que vienen para aprender de nosotros. Aquí todos los que han venido han querido enseñarnos: maestros, médicos, funcionarios, políticos...todos nos quieren enseñar."

Por su parte, nuestro autor dice: "Así nuestros maestros fueron analfabetas. Les habían dicho que su lengua no podía escribirse porque tenía sonidos para los cuales no hay letras". Años después Lenkersdorf les habría de escribir su lengua, hasta entonces solamente oral.

Estoy de acuerdo con Carlos en que, a pesar de que la cosmovivencia tojolabal suene a una total utopía, la utopía está ahí, se practica todos los días a pesar del brutal y constante hostigamiento y adversidad que viven las comunidades zapatistas, sobretodo a partir de que Calderón se instaló en Los Pinos. Quizá sea por el ejemplo que significan que se les ignore, se les agrede o se les destruya en el momento actual, a base de cooptación, desalojo o violencia...como para impedir que se les reconozca como una alternativa a la cosmovisión dominante que se pretende universal.

Para evitar que el olvido y la destrucción siga adelante, la obra de Carlos Lenkersdorf constituye un aporte de un valor fundamental, por lo que los invito a leer este su más reciente libro –que no el último- salido de su pluma y corazón, que tanto alimenta, ilustra e ilumina.

Quiero terminar esta reseña con los siguientes versos provenientes de los más antiguos indígenas y que desde hace pocos lustros han recobrado validez y pertinencia en el tablero social, político y cultural contemporáneo de nuestro país:

*“Arrancaron nuestros frutos,
quebraron nuestras ramas,
quemaron nuestros troncos,
pero no pudieron secar nuestras raíces”.*